

”—Copihue.

”—Blanco.

”Sonreí con serenidad. El tren se alejaba ya del pueblo...”

¿Qué tal?

YERKO MORETIC

<https://doi.org/10.29393/At391-45INJL10045>

*El indio en la novela de América*, de AIDA COMETTA MANZONI,

Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960. 104 págs.

Tres libros ha consagrado Aída Cometta Manzoni al indio de América hispana y su proyección en nuestras literaturas. La tesis que dirigió don Pedro Henríquez Ureña, *El indio en la poesía de América española* (Buenos Aires, 1939); *El problema indígena en América* (Buenos Aires, 1949) y, como culminación de dos decenios de preocupaciones indigenistas, este reciente panorama —no pretende ser otra cosa, dados su extensión y la forma en que autores y producción se estudian—, que viene a complementar, en su ámbito cronológico, el libro de Concha Meléndez dedicado al indio, desde sus primeras apariciones coloniales, hasta *Aves sin nido* (Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica* (1832-1889), Madrid, Hernando, 1934, 199 pp). Aunque en la última obra de Aída Cometta es imposible señalar un criterio monográfico riguroso —se trata de un ensayo informativo—, sería injusto soslayar el reconocimiento a una devoción demostrada con largueza.

Desde el sermón de Fray Antonio de Montesinos, protesta que se remonta a los primeros años del siglo XVI, nuestros escritores, así peninsulares como continentales, han hecho de la causa india motivo central de su tarea. A través de las vicisitudes de los ‘ismos’, desde las primitivas crónicas, hasta el ensayo, la poesía y la narrativa contemporáneos, pocas figuras como la del indio han conquistado con semejante intensidad y simpatía, plumas humanitarias, militantes o combativas. Pocos dramas, asimismo, podrían tocar tanto, y tan adentro, la sensibilidad del hombre de letras —y del artista, en general—, como el de esa criatura expoliada y sujeta a todos los vaivenes de una suerte llena de mancillas. La gama entera del dolor humano ha sido escrita sobre esa piel injustamente martirizada por políticos, militares y terratenientes. Ni siquiera de quienes debieran distribuirla con mano generosa, han recibido los indios piedad o ayuda, lo que explica, en parte, la actitud combativa y áspera de muchos escritores indigenistas que, exagerando a veces hasta la caricatura, han creído aliviar existencias miserables y dolores sin posible cuento. “Si mi pluma tuviese don de lágrimas —afirmó el gran Montalvo— yo escribiría un libro llamado *El indio* y haría llorar al mundo”. No le faltaba razón. Desde sus días, son muchos los que han dejado testimonio de su “yo acuso”, sin que ello aportara variación fundamental para el indio en los países en que es más agudo el problema.

Ni siquiera los congresos y reuniones indigenistas de carácter internacional han resultado de veras positivos. En el vagaroso reino de la palabra y de la "lengua sin manos" que nos dice la más venerable gesta castellana, han naufragado los propósitos más nobles y decididos. Tal vez no resulte exagerado sostener que novelas como *Raza de bronce* o *Huasipungo*, han hecho, separadas, mucho más por el indio que tantas reuniones en que se malgasta la cohetería oratoria.

\*  
\*   \*  
\*

Aída Cometta distribuye la materia de su libro en un capítulo introductorio ("El escritor de América frente al drama del indio", pp. 7-15), al que siguen otros seis, consagrados a la aparición del indio en las literaturas nacionales —el último sobre la novela indigenista norteamericana—; otro capítulo en que, con criterio muy superficial observa al personaje en sus apariciones incidentales —como el caso de la novela chilena, por ejemplo—; y como cierre de la obra, una conclusión en que la autora afirma: "Estos atropellos y abusos desmedidos, que en ciertos países de América se hacen sentir más que en otros y que en las novelas que hemos analizado están pintados en forma tan dramática, nos están advirtiendo que resulta de todo punto de vista falso hablar de libertad en América. Como nos parece igualmente impropio hablar de democracia, en un continente donde se explota en forma despiadada, a grandes masas humanas que forman parte de la ciudadanía" (pág. 100). Sírvanos el trozo, además, para una muestra del tono de generalización que abunda en el libro, y de una prosa bastante descuidada y laxa.

Naturalmente, nos interesa señalar algunas notas que, a nuestro juicio, podrían dar más riqueza al estudio. En primer término, no creemos que la autora hubiese sobrepasado en exceso el carácter casi esquemático de la introducción, si llegara a mostrar en ella, con más amplitud, las arduas polémicas que surgieron a raíz de los escritos del Padre Las Casas. Algunos textos, como el memorial de Fray Tomás de Ortiz, ilustran el ardor de la lucha y equilibran el conocimiento de las discusiones, en que a veces se afirmó del indio: "nunca crió Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad y policía"\*. Ello ayuda a comprender que tales polémicas fueran a parar al terreno de la discusión teológica, en que se ensayaron muchos órdenes de sabiduría en torno al indio y la licitud de su sometimiento.

Del mismo modo, en la introducción habría sido conveniente una determinación de las características generales que configuran el molde o el esquema de la novela indigenista, y al que se ciñen casi invariable-

\*Cit. por José M. Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos xvi y xvii*. Edic. Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México, 1951, pp. 25-26.

mente los novelistas, excepto los de las promociones últimas. Así, se podría señalar como actitud prevalente en los escritores indigenistas: 1) la airada protesta social que, a veces, en desmedro de la eficacia narrativa, desemboca en el panfletarismo; lo cual deriva, no hay duda, de la necesidad que siente el escritor de lograr un impacto fuerte; 2) la pervivencia en esta clase de novela de una línea de raigambre naturalista, explotadora de un 'feísmo' implacable, que ejemplifica, por caso, *Huasipungo*; 3) la preferencia por un asunto de repercusión colectiva, que expresa un personaje-masa, el grupo expoliado; novela, entonces, de conflictos masivos más que 'de personaje' o de desarrollo de conductas personales, y 4) la inclusión, casi tópica en la novela del indio, del "terceto trágico de expoliadores de la raza india" que, según Angel F. Rojas, forman "un cura fanático y dominador. Un teniente político sumiso a la voluntad de los señores feudales del predio contiguo. Un amo blanco gamonal, que explota a los indios que viven en su latifundio y viola a sus mujeres y a sus hijas" (*La novela ecuatoriana*, México, 1948, pág. 175). Este punto puede enriquecerse aun más, si se toma en consideración lo señalado por Rafael Gutiérrez Girardot en torno al múltiple propósito que asiste a la novela indigenista: "A) Mostrar con potencia de "grito: a) la estructura injusta de la sociedad; b) la inutilidad de la "política indigenista demagógica; c) la violencia inhumana de la explotación económica; d) la deshumanización que causa el analfabetismo, y e) la impotencia del indio ante las limitaciones opuestas a su liberación. B): a) mover a la justicia social; b) provocar la conciencia de necesidad de reformas sociales, políticas, económicas y culturales; c) incitar a una revolución de este tipo. O sea, existe un propósito político"\*.

Aunque no sea de mucha licitud pedir el libro que queríamos —sobrepasando el propósito con que el autor lo concibe—, nos parece que el rico sustento ideológico que parte del siglo XIX, debería haberse tratado con más acuciosidad. Es el caso, por ejemplo, de la prédica de Manuel González-Prada, a quien se consagran, en el capítulo II, trece líneas. Sabemos que alegar tales guarismos puede parecer vastedad mental o crítica, pero a veces las estadísticas sirven o iluminan. Algo más, muy poco, vuelve a decirse del pensador peruano, poco más adelante, en relación con Clorinda Matto y *Aves sin nido*. Indicamos este punto porque el escritor peruano merece un lugar de privilegio en la literatura indigenista de los últimos ochenta años, que su solo ensayo *Nuestros indios* justifica. Esas páginas de 1904, que son como la concreción final del pensar gonzálezpradiano en torno al indio, resultan básicas para entender el tono y la textura de *Aves sin nido*, novela inicial del indigenismo combativo en América hispánica, en cuya fragua no poca participación

\*R. Gutiérrez Girardot, "Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza". *Primeras jornadas de lengua y literatura hispanoamericana* (Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, tomo X, núm. 1. Salamanca, 1956. Pág. 459.

le cupo al escritor peruano, cuya influencia en Clorinda Matto es irre-dargüible. Por otra parte, la literatura indigenista de don Manuel, pre-figura lo que señalarán ideólogos marxistas como Mariátegui, al referir el núcleo del problema a las causas económicas. Como si ello fuera poco, la abierta combatividad de González-Prada en este terreno (“Al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía... La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores”), riega con aguas rebeldes novelas como *Raza de bronce* (1919), de Alcides Arguedas, y *Plata y bronce* (1927), de Fernando Chaves, obras precursoras en las que vemos al indio expoliado y mártir tomar la justicia —ya que el blanco se la niega— por sus propias manos, en desenlaces catastróficos, reveladores de una angustia cercana a la asfixia. El pensamiento proindigenista del APRA, asimismo, se nutre en la fecunda fuente gonzález-pradiana; ¿cómo, pues, no destacar cumplidamente la obra ensayística del escritor peruano en un libro como éste?

Si la autora llegase a una reedición de su libro, le solicitaríamos que extendiese el estudio del problema del indio en los siringales, tal como *La vorágine* lo refleja. La repercusión —no se olvide que fue universal— del asunto de la obra de Rivera, y que él utilizó prolijamente, justifica nuestra extrañeza ante tan magro tratamiento, como el que se le consagra en las pp. 94-95 del libro que comentamos. Las investigaciones que se suscitaron en Europa a raíz de los acontecimientos que después noveló Rivera —hubo hasta una encíclica papal condenando la inmisericordia con que se trataba a los caucheros— robustecen nuestro aserto y lo podan de desmesura.

En cuanto a obras cuya ausencia es ostensible, acaso ninguna sea tan injusta como la de *Los ríos profundos*, de José María Arguedas. El libro de Aída Cometta es de 1960 —se terminó de imprimir en julio— y no recoge novela de tanta jerarquía como la de Arguedas, publicada en 1958, en que vemos la máxima poetización del motivo indio y la maestría de ejecución que exigen con justicia su estudio cabal, como un culminar de la labor arguediana.

En el orden tipográfico y de cuidado editorial hay, igualmente, observaciones y reparos. Se notan muchos errores en la transcripción de nombres de autores; así, Díaz Machicado (por Machicao), en las páginas 38, 42 y 44; el crítico F. Ferrándiz Albors, figura como Alboroz y Fernández Alboroz, pág. 54; Emilio por Ermilo Abreu Gómez, pág. 75; Luis Durán, por Durand, pág. 93, y Osvaldo Wegman, aparece como Vegman, pág. 94.

Los títulos comparecen maltratados. *Siete ensayos de interpretación de una* (sic) *realidad peruana*, pág. 24; *Yawuar fiesta*, por *Yawar fiesta*, pág. 28; Costa du Rels es citado como autor de *Tierras abrasadoras*, pág. 39; *Caneck*, de Abreu Gómez, en vez de *Canek*, su verdadera grafía, pág. 75;

*El tigre*, de Flavio Herrera, aparece como *El togre*, en la pág. 81; y *Huincahual*, de Alberto del Solar, se transcribe, pág. 93, como *Hucahual*.

Sabemos que la autora reside actualmente en Venezuela; ello, acaso, le impidió ver las pruebas del libro. Pero, tratándose de esta clase de trabajos, no se puede descuidar una atinada corrección, que sortee peligros y dañinos agravios de imprenta. Finalmente, ha de poner cuidado la autora para que no se deslicen clisés expresivos vacíos de contenido crítico, como esa calificación de "novela máscula", lo mismo para *Mamita Yunai* (pág. 86) que para *El resplandor* (pág. 73). Revelan un afán de etiquetar sin originalidad y sin discernimiento riguroso.

No es agradable señalar tachas al trabajo ajeno, sobre todo cuando está signado por el entusiasmo y la devoción, pero resulta mínima tarea de lealtad intelectual.

JUAN LOVELUCK